

salir victoriosos; los dos viven independientes uno del otro, él consumiéndose en deseos sin esperanzas y ella recibiendo sus homenajes como un tributo debido. Quizás tenía en su interior un sentimiento afectuoso para el cantor, pero lo cierto es que si lo tuvo no lo mostró y solo se dedicó á sus deberes de esposa y de madre. Así padecen los versos de Petrarca de monotonía y cansan, como padecía el autor de un mal que no conocía y que le quitaba la energía y voluntad de abandonar sus cavilaciones y fantasías extrañas y elevarse sobre sus eternas y quejumbrosas cuitas amorosas.

No obstante, en las poesías de Petrarca hay sentimiento y amor verdaderos, que si bien no pueden probarse ni con uno ni con cien pasajes que lo demuestren, tampoco pueden negarse aduciendo otros pasajes de frases artificiosas y demasiado forzadas. El crítico que lee estas poesías una tras otra para formar juicio, se cansa de leer siempre las mismas cosas y en el mismo tono, pero el lector estético que solo aspira el sutil perfume poético hojeando el libro y picando aquí y allá, se embriaga con la inmensa y eterna dulzura y armonía de estos versos. El caso es, sin embargo, que en poesías de amor no basta oír la opinión de los críticos y de los estéticos, sino que también debe oírse la de los amantes, y preguntese á los amantes felices si no sienten proclamar su dicha en las pocas canciones que respiran alegría y felicidad; á los amantes desgraciados si no reconocen su propio mal en aquel gran número de poesías que respiran las penas y dolores del poeta. ¿Quién negará que abunda sentimiento y amor verdaderos cualquiera de las flores de la guirnalda poética de radiantes colores y de inefable aroma creada por Petrarca?

Las poesías amorosas de Petrarca se distinguen de las de otros poetas, principalmente, por la circunstancia, muy honrosa para aquel, de que están completamente exentas de sensualidad y de toda pasión violenta. Son una purísima apoteosis del amor y elevan, por lo mismo, el alma á regiones superiores y serenas. Petrarca no fué, por cierto, espejo de virtud, pero tampoco fué hipócrita para presentarse como tal; pretendía, sin embargo, que el amor purificaba al hombre, le daba valor y le conducía á la senda que se dirige de la tierra al cielo.

Como Petrarca no cesó de amar ni de escribir poesías amorosas dirigidas á Laura aun despues de la muerte de esta, han creído muchos que fingió sentimientos que no tenía, y yo creo que esta circunstancia cabalmente demuestra la verdad de su amor, tan profundamente arraigado que á pesar de la muerte del objeto amado, no cesa de suspirar, de desear, de cantar su dicha, de quejarse y consumirse en su pena. Cuando Laura vivía, desea Petrarca poseerla y aun solamente saludarla, y muerta, quiere el poeta morir también para acercarse á ella, ó llegar á asemejarse á ella por medio de una vida dedicada á Dios, y para hacerse digno de ella buscar la verdad, trabajar para el bien y amar lo bello.

El 18 de julio de 1374 murió Petrarca, el fundador de una civilización nueva, el hombre que trabajó toda su vida para estudiarse á sí mismo y perfeccionarse, si bien se equivocó muchas veces respecto de sus fuerzas y se desanimó en su lucha contra los vicios poderosos. Además de estos impulsos generales, caracterizan á Petrarca tres rasgos principales: su patriotismo, que le hizo colaborador en la tendencia de enaltecer la nación á la cual se gloriaba de pertenecer; en el afán constante de perfeccionar sus conocimientos, de salvar, apropiarse y poner al alcance de los demás los preciosos tesoros literarios que nos ha dejado la antigüedad, y finalmente, en su amor inefable; y mientras la humanidad conserve estos tres bienes que se llaman patria, ciencia y amor, que son indispensables para dar atractivo á la vida, no debe la huma-

nidad olvidar á Petrarca, cuya vida herosearon estos tres tesoros.

CAPITULO IV

JUAN BOCACCIO

A Dante admiramos, á Petrarca celebramos, pero á Bocaccio, leemos. Suerte desigual que han encontrado en la posteridad los tres luminaires de la literatura italiana, que en vida tuvieron, sin embargo, no pocos rasgos comunes, porque todos tres tuvieron por patria á Florencia, los tres la amaron como tal, y la dejaron, ya por su libre voluntad, ya por la fuerza, y todos tres amaron mas la Italia que el pueblo donde nacieron y lloraron la desunión interior de su patria querida. Los tres traspasaron el círculo de la Edad media, dentro del cual la Iglesia quería formar una humanidad uniforme por su espíritu y carácter, ahogando sin piedad todo movimiento intelectual del individuo, en cuya defensa salieron los tres gigantes del Renacimiento.

Parecieronse, además, en que cada uno estuvo la mayor parte de su vida dominado por el amor á una mujer, amor que en cada uno se manifestó á su manera. En Dante fué entusiasmo elevado, en Petrarca sentimiento tierno y en Bocaccio pasión ardorosa, pero en todos tres fué el amor el móvil de sus ideas y escritos.

Los tres eran poetas y al mismo tiempo hombres políticos que servían á ciudades y príncipes y desempeñaban embajadas y ocupaban altos puestos del gobierno; pero sirviendo á determinadas entidades, nunca perdieron de vista su patria; lloraron con dolor acerbo su impotencia y división y buscaron medios de salvarla de su mísero estado.

Los tres eran hombres de su época, sin deseos cobardes de renegar de ella, pero tampoco sin desconocer que debían su instrucción y cultura á la antigüedad, y siendo sinceramente adictos á la religión cristiana y á sus tradiciones piadosas, no temían pasar sus mejores horas leyendo las obras de los autores gentilícos, y no obstante su cariño á su idioma patrio, al cual cabalmente sabían arrancar sus mas dulces armonías, se servían con preferencia de la lengua latina, creyendo poder alcanzar solo con ella la corona de laurel destinada á los poetas verdaderos.

De los tres grandes luminaires de la literatura italiana es Bocaccio, cronológicamente, el último y á la vez el mas débil, pero sus dotes fueron tantas y tan brillantes que merece todavía hoy la fama y admiración que sus contemporáneos maravillados le prodigaron con entusiasmo indecible.

Nació Juan Bocaccio el año 1313 en Paris, donde su padre, comerciante florentino activo y respetado, solía residir temporalmente, ocupado en asuntos de su comercio. En este tiempo había ganado el afecto de una viuda y el fruto de esta relación fué el niño Juan, á quien el padre se llevó á Certaldo, en Italia, cuando por razones mercantiles ó para deshacerse de la pobre madre del niño, por hastío ú otros motivos, abandonó la capital de Francia. Bocaccio cuenta la historia de su madre bajo un velo alegórico en su obra titulada: *Ameto*. Así fué que el poeta pasó siempre por natural de Certaldo y que esta aldea adquirió la celebridad consiguiente. Por otro lado, no desmintió Bocaccio la sangre francesa que por sus venas corría, y pronto también hubo de advertir que le faltaba el cariño y apoyo de su madre, porque su padre, sin tener en cuenta la inclinación y deseos del niño, que cuando apenas había adquirido los primeros rudimentos de latin tenía mas disposición para hacer versos y leer libros que para la correspondencia y contabilidad mercantil, le colocó, á los 11 años de edad, en su tienda de cambista, donde continuó seis años. Al cabo de este tiempo el viejo

Bocaccio se convenció de que nada bueno haría del muchacho, y entonces, para no echarle á perder del todo, le envió á Nápoles para que allí estudiara leyes. De este modo en su tierna juventud el poeta tuvo ya que luchar duramente, primero, contra la carrera del comercio, y despues, como otros tantos talentos indómitos de su época, contra la de la jurisprudencia, tan contraria á su índole como la otra. La segunda lucha se le hizo fácil por las circunstancias de la capital adonde le había enviado su padre, por fortuna del joven aunque con intenciones muy distintas.

Nápoles era entonces ciudad poco á propósito para dedicarse intensamente á estudios serios, ni siquiera para genios sosegados, cuanto mas para los inquietos. Contiendas interiores feroces devoraban á los fuertes, y los placeres y vicios maleaban á los débiles. Había sucedido en el trono de este reino á Roberto, el protector de Petrarca, su nieta Juana, mujer joven, bella y voluptuosa, que se cansó muy pronto de su esposo, joven como ella pero grosero y pesado, el príncipe Andrés de Hungría, y para satisfacer su sensualidad, valiése de personas de baja estofa, principalmente de su nodriza Felipa, natural de Catania. Enamoróse Juana del hermoso príncipe de Tarento, y cegada por su pasión desenfrenada, permitió el asesinato de su esposo en 1345. El papa la absolvió de la parte que en el crimen podía tocarle y ella para satisfacer la vindicta pública hizo ejecutar á los asesinos; pero se desacreditó y dictó su propia sentencia casándose luego con su amante, en 1346, y abandonó inicuaamente el país cuando se acercó el vengador de la víctima, el príncipe Luis de Hungría, á la cabeza de un ejército, cual torrente irresistible y asolador. Luis de Hungría entró en la capital en triunfo; pero Juana, hallándose con su segundo esposo fugitiva en su condado de Provenza, cedió el condado de Aviñón al papa por una gran suma, y absuelta de nuevo por los cardenales, regresó con su esposo á Nápoles tan luego como el invasor húngaro se hubo retirado. Bocaccio, cortesano adulator, llamó á Luis de Tarento *Alcestes*, porque quiere decir celoso de practicar la virtud, puesto que dice que *alce* significa «virtud» y *aestus* «celo.»

De todos modos, tanto antes de la huida de los consortes regios como durante su ausencia y despues de su regreso, no hubo mas que una cosa constante en el desgraciado reino de Nápoles, á saber: las crueldades inauditas cometidas por los nobles y los bandidos, y las fiestas mas suntuosas, que se multiplicaban y se sucedían sin interrupción en la capital.

En esta sociedad entró Bocaccio primero como representante de la casa de comercio de su padre en Florencia, y luego como estudiante, joven, robusto, alegre, vividor, chistoso, de agudo ingenio y de carácter amable. Segun la descripción de un contemporáneo suyo, era alto y robusto, tenía cara redonda; una boca hermosa, labios un tanto abultados, la nariz un poco entrada en la cara y un hoyuelo en la barba que le sentaba admirablemente bien, especialmente cuando se reía. Su buena presencia y algunos protectores distinguidos, le introdujeron en la corte, donde pronto se ganó las voluntades con su chispa é inteligencia y conquistó con su fina amabilidad el amor de la princesa María, hija natural del rey Roberto.

María Fiammetta, así la llama Bocaccio en sus obras, era mujer joven, hermosa y seductora. Estaba casada desde algunos años antes con un napolitano de posición elevada, con el cual vivía bastante feliz cuando vió por primera vez á Bocaccio, el 27 de marzo de 1334, sábado de la Semana Santa, en la iglesia de San Lorenzo Maggiore, en Nápoles. Bocaccio, como Dante y Petrarca, dió grandísima importancia á las circunstancias que acompañaron al primer encuentro con la mujer destinada á ser su amante; por esto refiere en

uno de sus escritos el suceso en estos términos solemnes: «Sucedió un día cuya primera hora dominaba Saturno, y en el cual se celebraba la vuelta del hijo de Júpiter del imperio de Pluton, que cuando Febo había llegado con sus caballos al décimo sexto grado del Aries celeste, entré en un templo de Nápoles que lleva el nombre de aquel que se hizo asar en las parrillas para ser colocado entre los dioses.» No se entregó María en seguida; resistió mucho á los ruegos de su amante; pero al fin cedió á los dulces halagos de Bocaccio y á su propio sentimiento, y olvidando su deber hizo feliz al que en cambio inmortalizó su nombre con sus poesías, en algunas bajo alegorías muy singulares; porque sino se hubiera dejado vencer no la habría ensalzado el hombre sensual que estaba muy distante de contentarse, como sus predecesores, con un amor ideal y acaso imaginario.

Primero celebró Bocaccio á su amante en sonetos, imitando á menudo demasiado los de Dante y Petrarca. Unos expresan su desesperación y su dicha ó pintan la alegría al volver á ver un sitio que recordaba al autor una escena amorosa; en otros describe con todo el ardor sensual la hermosura ó maldice á la amante infiel amenazándola con la pérdida de sus atractivos, con los cuales había dominado al amante; en algunos se lamenta de circunstancias adversas ó de la dureza y tiranía del objeto amado, que se aparta de él, y finalmente, en otros, á ejemplo de todos los sonetistas y poetas del amor, se desea la muerte cuando no puede gozar de la compañía de su amada.

Bocaccio hizo mas que los sonetistas adocenados de su país, porque estos, cuando creían haber fabricado bastantes sonetos, y algunos los hicieron á centenares, se ocuparon en tratar de otros objetos, pues que solo habían querido pagar su tributo á la moda, sin obedecer á una fuerza interior, mientras Bocaccio demostró su amor también en otras composiciones, porque durante quince años fué su María Fiammetta la divinidad á quien adoró y cuyo amor le inspiró sus obras. Estas, escritas entonces en italiano para que fuesen accesibles desde luego al público, tratan de su amor ó son leyendas de la antigüedad, que explicó por encargo y á excitación de su amante.

La primera obra de Bocaccio fué *Filocolo*, ó bien, la fatiga del amor (*Filocolo* quiere decir *amante de la fatiga*), su obra mas extensa y á la vez la mas flaca. Es una imitación de la antiquísima historia «Floris y Blancaflor,» que ya habia servido de motivo un siglo antes á un poeta alemán. Este plagio del argumento no sería un defecto, porque el mérito del poeta no estriba en la invención del motivo, sino en la forma y el ropaje de que lo reviste; pero el mal es que esta obra presenta defectos técnicos por falta de práctica, por exceso de confianza juvenil en su fuerza y por no conocer el autor la importancia de la materia, que es, en resumen, la siguiente:

Floris es el hijo del rey Félix de España, y Blancaflor es hija de un matrimonio romano que había pasado á España con motivo de una peregrinación. Ambos habían nacido en un mismo día y habían sido educados juntos, de cuya circunstancia nació su amor y también el disgusto del rey. Este, para distraer á su hijo de su pasión, consigue, á fuerza de promesas que no piensa cumplir, que vaya á estudiar á una universidad. El joven obedece, no sin haber recibido antes de su amada una sortija que tiene la virtud de enterarle de lo que á ella le pasa. El padre quiere aprovechar la ausencia del hijo para perder á la muchacha y la acusa de una tentativa de envenenamiento; pero acude á tiempo su hijo y prueba la inocencia de su amada en lucha singular con los acusadores, que quedan vencidos. Apenas ha regresado á la universidad cuando allí tratan de seducirle, y aunque resiste á la

tentacion, no puede resistir á los celos, mata á su supuesto rival y huye á Italia. El rey, su padre, utiliza la ausencia forzosa de su hijo para vender á Blancaflor á un pirata y escribir á su hijo que ha muerto, con lo cual cree curarle de su pasion, pero Floris sabe por la sortija la verdad y recorre un país tras otro para encontrar á su amada, hasta que despues de muchas pesquisas llega á saber que se halla cautiva en Alejandría, á donde llega á través de innumerables aventuras. Una vez allí, no piensa mas que en libertar á su amada, y cuando ya cree haberlo logrado y está huyendo con ella, los moros capturan á los dos y condenan á Floris á muerte. En tan apurada situacion, una intervencion divina salva á los amantes, los cuales descubren en su carcelero á un pariente próximo á quien hasta entonces habian tenido como su mayor enemigo, y que procura su libertad; se casan y regresan á España, donde no tarda en morir el rey Félix y su hijo ocupa su trono.



Medalla con el retrato de Bocaccio

cia de imitar á Ovidio, cuya obra califica el jóven autor en un pasaje nada menos que de *santa*.

La segunda obra de Bocaccio es el *Ameto*, en la cual campea la alegoría á sus anchas. El fondo es la conversion del héroe sensual en amor espiritual. Esta conversion del héroe amante es principalmente obra de seis vírgenes ó ninfas, entre las cuales ocupa el primer puesto la de la esperanza, que es Fiammetta. Este argumento principal está oculto debajo de multitud de alegorías complicadas y de accesorios como sucesos contemporáneos, detalles de la historia de Roma y de Nápoles, de la madre del autor y de su triste suerte, y pullas dirigidas contra los frailes, aunque muy disimuladas. A pesar de todo esto, la obra está inspirada por el amor y nunca ha sido descrita mejor la fuerza purificadora de esta pasion que en el canto del pastor Teogapo despues de la fiesta de Venus.

Muchas son las obras que Bocaccio escribió en aquel período juvenil de su vida, que pasó en Nápoles entre penas y glorias. Una de estas obras, la *Teseida*, merece mencion especial por tres motivos; el primero por su origen, debido á un resentimiento que María tuvo de su amante al que impuso por precio de la reconciliacion la composicion de un cuento de amor cuya lectura fué su recreo, porque la hacia recordar tantas dichas y penas. Bocaccio para aplacar su ira le escribió pues, la *Teseida*. El segundo motivo constituye la eleccion del fondo del cuento, que no es sino el antiquísimo de Teseo con su añadidura de episodios y otros accesorios chocantes acumulados al rededor de las luchas que provoca la bella Emilia entre dos rivales, Palemon y Arcitas. Este último muere y cede la beldad solemnemente al vencedor. Las reminiscencias de la antigüedad, la intervencion de divinidades

De esta historia, que presenta escenas conmovedoras, no supo Bocaccio sacar el partido que podría, porque la narracion es pesada, el autor interrumpe y retarda los sucesos con interminables discursos y conversaciones; las aventuras son increíbles y los caracteres inverosímiles. Sin embargo, al través de todo se trasluce ya el genio poético y característico que despues habia de llegar á tan notable altura. Por lo pronto, despunta ya el *Decameron*, porque se reúne cierto número de hombres y mujeres con el objeto de solazarse refiriendo cuentos; luego hay reminiscencias de la vida del autor, en Fiammetta y Galeone, porque bajo este último nombre y el de Panfilo, se introduce el mismo autor, que con su amada se encuentra en la sociedad en que entra Floris á su paso por Nápoles; y finalmente se dibuja en esta obra el futuro *Decameron* por el empleo del aparato mitológico grandioso con sus dioses y diosas que mas ó menos se mezclan y confunden con santos y virtudes personificadas; y por la tenden-

derosas y la imitacion y aun el plagio de frases conocidas de autores latinos antiguos, abundan en esta obra mucho mas que en los trabajos anteriores de Bocaccio, y si bien son prueba de un gusto poco estético, demuestran, al mismo tiempo, mayores conocimientos literarios. El tercer motivo de la importancia de esta obra es el lugar que ocupa en la historia de la literatura italiana por ser á la vez el primer ensayo en grande escala del autor, el primero hecho en Italia en general para crear un gran poema épico en el idioma nacional, y el primero tambien que estableció la octava como forma clásica para estas composiciones.

Mucho mas importantes son, sin embargo, dos obras que deben tambien su origen á la influencia de la princesa María; la una lleva por título el mismo seudónimo de esta ó sea «Amorosa Fiammetta» y la otra se llama *Filostrato*, nombre compuesto de una palabra griega y otra latina, y que significa «herido de amor.» Las dos obras, aunque diferentes en su contenido y forma é independientes la una de la otra, son en realidad dos partes de una obra sola, pudiendo titularse la una, es decir, la segunda: «El amante feliz» y la otra, ó sea la primera: «Lamentos de una amante abandonada.» Respecto de la segunda dice con razon Hettner: «No se comprende que se haya dejado caer en olvido esta perla magnífica de poesía verdadera; es el grito de júbilo de un corazón amante feliz.»

El *Filostrato* está tomado de la traduccion latina de una obra francesa del siglo XI, cuyo autor Benito de Saint More, sacó el argumento de dos obras escritas en latín que tratan de la destruccion de Troya. Es la historia del amor del príncipe troyano Troilo y de Crésida, hija de un sacerdote griego. Shakespeare utilizó el mismo argumento para una de sus

obras dramáticas, y lo sacó de Chaucer, que á su vez lo tomó del *Filostrato* de Bocaccio; pero á esto se limita toda la analogía entre esta última obra y la del dramaturgo inglés, porque este vé mas en su héroe el personaje regio y se propuso representar al hombre de bien engañado por una meretriz ladina, mientras el poeta italiano, poseído de veneracion y respeto hácia la antigüedad, nos alegra con la pintura del amante feliz y nos hace llorar con el desgraciado.

El príncipe Troilo de Bocaccio habia resistido victoriosamente á todas las asechanzas del travieso Cupido, cuando finalmente fué herido de una de sus flechas y se enamoró perdidamente de Criseida (Crésida), viuda jóven y bella á quien su padre Calcas, al pasarse á los griegos habia dejado en Troya. Troilo, deseoso de poseer el objeto de su amor, se vale de su amigo Pandaro, que es pariente de la hermosa viuda, el cual en la novela de Bocaccio como en el drama de Shakespeare, se presta gozoso al papel de agente mediador. Troilo logra sus fines, pero como jóven honrado é inocente, solo vive de su amor sin sospechar de la virtud y fidelidad de su amante, la cual, sin embargo, se halla en el punto que forma la transicion entre la mujer honrada y la meretriz. Le habia agradao el hijo del rey y su resistencia habia sido solamente aparente, sin que por esto fuera capaz de amor firme y verdadero; de suerte que sus caricias y juramentos son ya antes de pecar, hasta cierto grado falsos.

La dicha de la amorosa pareja fué interrumpida súbitamente por la noticia de que Calcas, deseoso de tener á su hija á su lado, habia conseguido su extradicion en un canje de prisioneros de guerra. La separacion, que no puede demorarse, llena á los amantes de inmenso dolor. Su amor, pasion que nada respeta y que considera como enemigos á todos los que se le oponen, aunque sean los padres y hermanos, se enardeció tanto mas, como suele suceder, cuanto mas absoluto era el derecho de las personas que se oponian á él, y arranca á los dos amantes maldiciones imperdonables en boca de hijos. Mas ni esta desgracia es bastante para malear el corazón de Troilo y hacerle faltar á la obediencia filial; de suerte que rechaza, por mucho que le duela, toda idea é insinuacion de huir con su amada ni inducir la á desobedecer la orden de su padre, ni piensa en faltar á los suyos, que se oponen á su relacion y cuya inflexibilidad conoce. La separacion es, pues, inevitable; los amantes tienen su postrera entrevista; se prometen amor y fidelidad eternos y lo sellan con caricias y regalos mútuos; Criseida (Crésida) promete ir á ver á Troilo de allí á diez dias, y ambos se separan.

Troilo cumple sus promesas; mas espera en vano la visita de su amada, porque esta, cuyo amor es solo sensual, era ya infiel á su amante con el pensamiento y no tarda en serlo de hecho porque encuentra en el jóven y gallardo guerrero Diomedes, que encargado por su padre la habia ido á llevar al campamento griego, un nuevo amante que la indemniza de la pérdida de Troilo. Este nada sospecha; tan pronto como se queda solo, prorrumpe en lamentos, y no calma su dolor transitoriamente mas que los recuerdos de las horas felices y la esperanza de la visita de su amada. Cuando ha pasado el tiempo fijado y no acude á la cita, saca nuevo consuelo de las cartas que la falsa le escribe, engañándole con pretextos baladíes, pero ni estos, ni ciertas voces que llegan á sus oídos ni otras señales, son capaces de quebrantar su confianza ciega, hasta que al fin tiene que rendirse á la evidencia de los hechos y renunciar á toda esperanza, porque en un brazaete que habia regalado á Criseida y lleva Diomedes en la pelea, al cual consigue arrebatarse la preciosa prenda, conoce la infidelidad de su amada. Dominado por la desesperacion, jura vengarse en la persona de su feliz rival, pero destinado á ser desgraciado, lo es tambien en esto; muere,

EL RENACIMIENTO

pero no en pelea singular con su contrario, sino á manos de Aquiles, sin gloria; de modo que el nombre que le dá Bocaccio no puede ser mas acertado, porque el infeliz vive, sufre y muere, «herido y víctima del amor.»

Esta historia no es de aquellas en que Bocaccio quiso presentar á sus lectores sucesos y personajes verdaderos bajo una alegoría cualquiera, ó á sí mismo y á su amante, porque jamás fué él un Troilo constante y confiado ni su Fiammetta una Crésida; pero le gustó el motivo para esta última, que siempre recelaba de su fidelidad y probablemente con fundamento, aunque Bocaccio no era libertino desenfadado ni tan vil que insultara y entregara al desprecio público la amante que ya le hastiaba. Era jóven, ligero y sensual, pero á pesar de esto mantúvose firme en su amor durante largos años, y cuando conoció que su pasion se enfriaba tuvo la franqueza de escribirselo tambien á su amante, despues de haberle escrito tantas otras cosas á cual mas seductoras. Despedida, en efecto, y no otra cosa viene á ser su «Elegía de la señora Fiammetta, dedicada á todas las mujeres enamoradas,» obra escrita en prosa y de mediana extension, en la cual el poeta, por boca de Fiammetta abandonada, se acusa al parecer á sí mismo en términos acerbos; y quizás quiso al propio tiempo hacerse perdonar por la misma exuberancia de los sentimientos que contienen estas confesiones ó recuerdos de una mujer desgraciada. Tales confesiones y recuerdos forman el fondo de la obra y se basan sobre la siguiente historia amorosa.

Fiammetta y Pánfilo se habian visto y amado, y teniendo que cumplir este una orden de su padre, que le obligaba á ausentarse, prometió regresar al lado de Fiammetta al cabo de cuatro meses, en cuyo tiempo creía poder evacuar el asunto que le habia encargado el autor de sus dias. La separacion fué tiernísima. Los dias pasan para Fiammetta con una lentitud desesperante; en continua sobreexcitacion, aguarda la infeliz el término de sus penas y el regreso de su amante; pero el tiempo pasa y en lugar de Pánfilo llega la noticia de su casamiento con una florentina. La desesperacion de Fiammetta es indecible; la infeliz se deshace en lamentos, rompe las cartas del falso, maldice su memoria, y sin embargo, no puede olvidarle; en su imaginacion busca otros motivos para explicarse su tardanza y para persuadirse de que la noticia de su casamiento es inexacta; pero no consigue con estas cavilaciones sino volverse melancólica, perjudicarse en su salud y postrarse. Su esposo, engañado por ella para entregarse á un ingrato, lleva á la infeliz á Bayas, en la esperanza de que la vida en aquellos baños la distraerá y le devolverá su belleza y frescura de antes; mas todo es inútil; á los recuerdos del amor perdido, al sentimiento de verse abandonada de aquel á quien ama á pesar de su traicion, se agregan los tormentos de la conciencia y los dolores indecibles que sienten los desgraciados al ver la felicidad de los demás. De tan grandes sufrimientos solo puede librarla la muerte, que en adelante es su única esperanza, y como tarda, resuelve la desgraciada dársela á sí misma, pero su confidente la impide la consumacion de este crimen horroroso.

Lo inverosímil en esta obra es que la mujer tan desgraciada, herida de muerte, cansada de la vida, sea la que refiere todo esto, y lo que es mas, lo refiere por escrito, no como recuerdos de tiempos pasados, sino como apuntes del dia; y para mayor inverosimilitud lo diluye con declamaciones interminables, con digresiones doctas y con alusiones, cosas todas imposibles para la persona cuyo corazón está destrozado por el dolor mas acerbo. Fuera de estos defectos, son admirables la delicadeza, ternura y naturalidad de los sentimientos que pinta Bocaccio en esta obra, con un vigor que